

## Noticario de cultura española

La sombra del Centauro, de Juan Tinoco.—Editorial Cervantes.—Barcelona, por Juan Marín.

Henos aquí frente a un libro que acusa en su autor una extraordinaria madurez intelectual. Hay la más sorprendente aleación de arte y ciencia en estos fragmentos de una prosa que alcanza casi siempre las más altas musicalidades del idioma, aquéllas que inmortalizaron al maestro de «*Ariel*» y que elogiábamos hace poco en el autor de «*Incitaciones*» y «*El Embrujo de Sevilla*».

Severas disciplinas científicas han moldeado esta personalidad, conteniendo la brida de un Pegaso de alas poderosas que pugnaba a cada instante por escaparse. He aquí, pues, a un poeta, un prodigioso poeta, que viene a conducirnos tras la sombra del Centauro, aquel fabuloso Centauro Chiron—maestro que fué de Esculapio, el místico dios de la Medicina—, por los caminos de la Historia y la Filosofía.

Nada sabemos de la persona del autor—ni siquiera su nacionalidad—de modo que construimos esta nota bibliográfica, atenedos únicamente al contexto de su obra magnífica, cuyo título llamó nuestra atención al hojear catálogos extranjeros. Por la riqueza y flexibilidad de su lenguaje, imaginámoslo hijo de la tierra que alumbró las andanzas del Caballero Manchego y de su fiel escudero. De otro lado, nos parece fuertemente sugestivo en favor de su nacionalidad indoamericana.

el amplio dominio con que nos ilustra acerca de los primitivos pobladores de nuestro continente, sus leyendas, su folklore y su magia poética y elemental.

Sea como fuere, es el caso que nos encontramos frente a uno de esos libros que mueven a admiración, que nos emulan a una mayor y constante perfección y que quedarán en nuestra biblioteca entre el pequeño grupo de los compañeros elegidos, los más cercanos y más caros a nuestro espíritu. Cae una amplia luz pagana sobre estas páginas, pero un paganismo muy moderno a la vez que muy antiguo. El aticismo de un filósofo tocado de la gracia de las Musas, dora con su áureos resplandores el ágil galopar de su cuadriga creadora:

«En su ritmo constante de superación, en su perenne acontecer a círculos concéntricos, como los que van de la nébula al astro, hacia modos y formas de acción supremos, el espíritu humano ha venido sublimándose desde la conciencia nictálope que lo guió por las tinieblas del plioceno, rastreando el hueco de las cavernas, hasta el festigio de estos días colmados en que realiza el mito solar de Prometeo. Su marcha de milenios ha tejido y destejido la madeja de todos los caminos, antes que sus ojos pesados todavía del sueño vegetativo, se desperezaran a las primeras luces de la vida de relación. El viejo Iris vuelca su ánfora en los prados del cielo y los crepúsculos calcan en la lejanía la pánida fuga de los rengíferos, cuando la mano mimética del Cro-Magnon de Altamira graba en los parietales de su cueva las líneas primogénitas del arte. La caña del primer braquicéfalo venido de la región ural-altaica, remeda los gorjeos encelados del amanecer lacustre, y de su palafita ribereña vuelcan, como alondras, las primeras escalas. El turbión cuaternario prende su llamada sobre el terror del bohío y alumbrá en la atribulada conciencia subalterna, la idea jerárquica de un ser superior, que en Lucrecio ha hecho los dioses. Por entre los rosales, se enroscan las serpientes y frutas hay amargas y venenosas junto a las pomas edénicas; el hombre siente

en su carne desvalida, las espinas ensangrentadas; ve a su semejante retorcido en convulsiones o inmóvil por la muerte, y en la angustia de su destino, clama a la misma autora de los males el secreto de su curación: bálsamo sedante o conjurador talismán. Y he aquí que la Medicina da su primer vagido».

Al través de este pórtico, henos aquí conducidos por este apolonida «ciceronne» ante el panorama inmenso de una ciencia que nace en el alborear de la mentalidad primitiva del hombre. «Desde las ovas primigenias, chorreando tinieblas, se ha incorporado sobre el limo de la tierra, a la eterna mutación de las cosas». Ha nacido la Medicina. El ciclo teúrgico de esta ciencia, sus etapas mágicas y demoníacas, su formulario astral, crecen como extraños tumores sobre su embrión empírico rudimentario. Y empieza el gran desfile: Asiria y Caldea con sus Haumurabi, las tribus monoteístas del Sinaí, los persas de Zoroastro, los medas de Ecbatana, los descendientes de Menes, que escribieron los papiros sorprendentes de Ebers y de Kahun, los sabios de Catay, en donde cuatro mil años antes de nuestra era el Emperador Shirmong alternaba sus diletantismos herboricultores, con especulaciones de filosofía natural, los hospitales del Rey Asoka, los cincuenta mil versos del Ramayana, las fórmulas maravillosas de Susruta y Charaka...

Mientras tanto camina, desde el limbo relampagueante de Micenas, desde el verso homérico y la colina olímpica, con su báculo enflorado de serpientes, la Grecia inmortal. Y es «el sueño en el templo» que glosa Aristófanes en su rabelesiano «Pluto» y son las tablillas médicas de Epidaro y Cos y son los santuarios de Asklepios, y el hombre del muslo de oro que hizo de concertista de la armonía de las esferas y Empédocles el poeta suicida de la técnica y Demócrito que atisba la danza de los átomos y electrones en los vendavales de su locura divina. Hasta que adviene Hipócrates, el hijo de «Heráclides el asclepiade», el amigo de Gorgias el retórico, el discípulo, de «De-

mócrito el físico», y de Apolonidas el sabio, el contemporáneo de Platón el filósofo.

Vuelve a nacer la Medicina. Y del milagro griego, pasamos a los alberces sarracenos donde Razás, Maimónides, Averroes y Avicenna velan durante diez siglos el lampadario griego. Y de éstos a los Almácigos de Salerno y Montpellier; y escuchamos luego el trueno iracundo de Paracelso, que derrumba el medioevo, la blasfemia de Vesalio y la ruda interjección de Maese Ambroise Paré. El Renacimiento canta en los cartones anatómicos iluminados del pintor de «La Cena» y de la «Cabeza de Medusa», el hombre embrujado que quería volar. Crepitan los huesos de Michel Servet en la hoguera de Ginebra. Bajan los ojos de Lewwencock por la escala de sus lentes yuxtapuestos en su zaquizamí de Delft, al mundo submarino de los infusorios. Y una mañana de primavera, el alumno de química de la Escuela Normal, hijo del curtidor de Arbois, el muchacho pintor de malos cuadros y autor de malos versos madurados en su buhardilla de la calle de Ulm, el modesto y taciturno Luis Pasteur, escucha el respiro inverosímil de los anarobios en los tarros de mantequilla rancia de su menaje y transmuta con fantástica alquimia, «la baba de canes enfurniñados», en emulsiones de médulas inmunizantes.

Con él, entramos en los milagros actuales de la técnica y en las grandes salas de experimentación. Sigue el autor llevándonos de la mano por cada nuevo sendero que se abre ante nosotros. La Sombra del Centauro nos acompaña, vigilante y taumátúrgica. Y termina el libro, allá donde Calmette—ayer no más—descubre la suprema morfina contra los dolores del cáncer, en el veneno de la cobra, la misma que las tribus indianas del Vichada y de la selva amazónica metían viva en cierto aguardiente salutífero.

Hemos viajado por un mundo de fantasmas animados, a quienes el autor de este libro dió vida extraordinariamente poderosa y colorida. No se irán tan pronto de nuestro recuerdo.

Que a veces la palabra escrita tiene de escoplo y de pincel y el libro llega a hacernos tales fantasmas tan imperecederos, como las piedras del Valle de los Muertos o como los papiros en que dioses con cabezas de ibis y de chacal escribieron sus mensajes milenarios. —J. M.